

VII Jornadas Diálogos: Literatura, Estética y Teología

La hospitalidad: encuentro y desafío

7, 8 y 9 de mayo 2019

Extranjería y maternidad en la novela *Algún lugar* de Paloma Vidal

María José Punte

¿Cómo se elige un destino? ¿Cómo se desanda el camino hacia el origen? Son dos preguntas teñidas de cierto voluntarismo que recorren la obra de esta escritora contemporánea a la que se suele definir desde una bi-nacionalidad o bi-culturalidad algo relativa¹. Porque, ¿qué es más lícito decir de Paloma Vidal? ¿Que es una autora argentino-brasileña o brasileño-argentina? ¿Son estos dos términos tan fácilmente intercambiables? Vidal, nacida en Buenos Aires en 1975, vive en Brasil desde los dos años a causa del exilio de sus padres, pero nunca se nacionalizó como brasileña. Es bilingüe, pero escribe sus textos en portugués, a los que luego ella misma traduce o hace traducir. Este es el caso de *Algún lugar*, su primera novela, publicada en portugués en Brasil el 2009 y en castellano en Argentina el 2017. Paloma Vidal, además de escritora, es editora de la publicación bilingüe *Sala Grumo* y es traductora. Hizo carrera académica y se desempeña como profesora en la Universidad Federal de San Pablo². Algunos elementos de su trayectoria biográfica traman este texto, al que se puede leer como un caso de auto-ficción o como un ejemplo más del multiculturalismo contemporáneo (Logie). Al fin y al cabo, la protagonista nunca aparece mencionada por su nombre, así como tampoco son nombrados ni su pareja ni su hijo³.

Podría ser pensada a partir de lo que Nicolas Bourriaud concibe como el sujeto radicante: “el adjetivo *radicante* califica a ese sujeto contemporáneo atormentado entre la necesidad de un vínculo con su entorno y las fuerzas del desarraigo” (59). Con este término, que busca dar una vuelta de tuerca tanto a la idea de lo radical, en sentido de aquello que

funciona como raíz, pero también de la noción deleuziana de rizoma, Bourriaud piensa a un tipo de sujeto singular que existe bajo la forma dinámica de su errancia y por los límites del circuito que él mismo delinea. Punto de partida es la idea de que tanto el inmigrante como el exiliado, el turista o el errante urbano constituyen las figuras dominantes de la cultura contemporánea (58). Toma del mundo botánico la denominación de “radicante”, para referirse a los especímenes del mundo vegetal cuyas raíces crecen según su avance, a diferencia de los “radicales” que se arraigan en un punto en el suelo (59). Para Bourriaud, estos sujetos evocan plantas que crecen en todas las direcciones y se agarran en múltiples puntos, como la hiedra. Dicha metáfora se aplica de manera cabal a los artistas de hoy porque están concentrados en mostrar el recorrido que hacen entre la tradición de la que vienen y los diversos contextos que atraviesan, realizando mediante ese gesto actos de traducción.

El texto *Algún lugar*, al que por momentos resulta difícil pensar como novela (aunque se anuncia como tal) dado el intenso carácter de disgregación que expresa la experiencia de su narradora, hace el relato de un viaje que no es un viaje, que es definido como una “mudanza”, a pesar de su duración restringida en el tiempo. La protagonista, una académica brasileña, realiza una estadía de un año en la ciudad estadounidense de Los Ángeles junto con su pareja M, para escribir –ambos- sendas tesis de doctorado. Ninguno de los dos logra adaptarse a esta ciudad, aunque los lectores tienen acceso a la experiencia de ella. Lo que se narra, entonces, configura la historia de una inadecuación que puede resultar paradójica en un contexto global en donde las traslaciones y las estadías en el extranjero se han convertido en uno de los objetivos deseados y concretados por parte de muchos sujetos. Pero el texto narra algo más que esta experiencia fallida y la consiguiente desazón que despierta en la subjetividad narradora. La narración, que se articula en tres partes siguiendo una supuesta deriva lineal que no resulta tal (el trayecto que va de Los

Ángeles a Rio de Janeiro y vuelta a Los Ángeles), pega un giro a partir de un acontecimiento inesperado. El relato es, a decir verdad, la historia de una maternidad, de cómo se llega a ser madre⁴.

I. Del extranjero como “ser-en-cuestión”

El texto llama la atención por su atomización narrativa. Hay una lectura en abismo a propósito del libro *Calle de mano única* de Walter Benjamin, que la protagonista compra al llegar a Los Ángeles. Se entiende que este texto crítico (de crítica subjetiva, como hace notar la narradora) le sirve como elemento meta-textual para referirse a cómo desea que sea leído el propio (Correia, dos Santos y Zolin 436). Hay cambios en la persona gramatical narrativa: de la primera a la tercera, y a una segunda utilizada sobre todo en los textos que transcriben sus sueños. La narración va hilvanando anécdotas, observaciones, comentarios, y forma –de esa manera- un entramado textual casi aforístico que da una idea de lo desconcertante que resulta la experiencia de vivir afuera. Es por eso que ha sido perspicazmente leído como un diario de viaje (Correia, dos Santos y Zolin 437), una forma de *travelogue*, aunque su adscripción genérica no lo delate.

Uno de los elementos más notables son las numerosas preguntas que producen cortes e intermitencias en el relato. Y este sistema de preguntas, que en su mayor parte no esperan obtener respuesta, evoca uno de los planteos centrales de la argumentación del texto *De la hospitalidad*, de Jacques Derrida. Allí el filósofo dice: “La pregunta de la hospitalidad es, pues, también la pregunta de la pregunta; pero por lo mismo, la pregunta del sujeto y del nombre como hipótesis de la generación” (33). Lo primero que plantea Derrida acerca de la figura del extranjero es la idea de que aquello que caracteriza a quien llega consiste en poner en vilo nuestra certeza en tanto que anfitrión. La pregunta a la que se refiere es bifronte puesto que viene *del* extranjero, pero también resulta ser *sobre* el extranjero. El

hecho de que el extranjero sea el “ser-en-cuestión” lo convierte en el objeto de la pregunta y de la reflexión, pero también de ahí se infiere que su naturaleza sería la de ser pregunta. Es aquel que, al advenir, me pone en duda y que, por lo tanto, hace patente mi vulnerabilidad⁵.

Las preguntas que lanza la narradora de manera insistente, comparten con el lector su estado de desasosiego y reflejan la inadecuación al mundo exterior que intenta transmitir esa voz en el acto de dar sentido a su experiencia. Pero, ¿a quién le habla? Por momentos parece ser que incluye a su pareja M en el diálogo, como cuando sondea con un “¿vos querías realmente estar aquí?” (17). En realidad, podría estar hablándose a ella misma, aunque lo enuncie en plural: “¿Te parece que vamos a poder quedarnos?” (31). No se trata solamente de las dudas y ansiedades que le provoca una estadía en el extranjero, una ciudad con otras reglas y con lo que ella define como una “geometría cinematográfica” (17), por lo tanto, algo irreal. “¿Qué te habías imaginado?” (33), se pregunta. Los Ángeles, una ciudad que ha acuñado con intensidad los imaginarios mundializados en tanto que cuna y meca del cine contemporáneo, aparece en el texto más bien como una urbe hostil, refractaria a los visitantes y en donde se hace imposible la *flânerie*. Pero ellos no van como turistas; la idea es instalarse e integrarse, aunque sea a partir de una estadía temporaria para continuar sus estudios. Por eso las preguntas continúan: “¿Dirías que soy inmigrante?” (44), “¿Qué vamos a guardar de todo esto?” (51), “¿Dirías que nuestro viaje será otra versión del sueño americano?” (22).

Si en la primera parte del texto el tema se refiere a la circunstancia de ser extranjera/o, la segunda parece dar un giro que implica un retorno espacial (al “hogar”, la ciudad de Rio de Janeiro), y el advenimiento de otra forma de extrañamiento bajo la figura de la maternidad. Así es que adquiere nuevo sentido aquello que se entiende por extranjero. Lo que persiste es la noción de interpelación o demanda por parte del que llega, cuya

presencia tiene antes que nada la forma de una interrogación que coloca al interrogado en una posición de indigencia (y no al revés). Las ansiedades narradas en esta segunda parte que transcurre en Rio de Janeiro, con la presencia solícita de la madre y en un mundo del todo familiar, ahora se vinculan con eso que está pasando y que plantea a la narradora nuevos interrogantes: “¿Recordás como eras antes de él?” (132). Si bien esta pregunta se vincula con el fin de su relación de pareja, también remite a la nueva etapa que se abre con su embarazo.

II. La lengua materna como hogar-propio

Según Derrida, existe una instancia en donde el desplazado encuentra su lugar de adscripción, a saber, la lengua materna. Luego de pensar en los límites y las paradojas que plantea el pacto de hospitalidad en tanto que derecho que recibe al otro no solo como individuo, sino como parte de una genealogía (el derecho del extranjero a seguir siendo extranjero junto con los suyos)⁶, Derrida se hace la pregunta por la lengua y desarrolla esta cuestión en la segunda parte de su ensayo. En este razonamiento, nuevamente, se genera una forma de pliegue, que aúna desplazamiento con *stasis*: “La llamada lengua materna, ¿no sería una especie de segunda piel que se lleva sobre uno, un propio-hogar móvil? ¿Pero también un propio-hogar inamovible puesto que se desplaza con nosotros?” (93). Esta sería la definición de hogar que, a su modo, atraviesa varios textos de Paloma Vidal, pero para ponerla en entredicho. La cuestión de la versatilidad aparece materializada en un bilingüismo que no se traduce en la posibilidad técnica de moverse por más de una lengua, sino en un problema a resolver, como ya ha sido comprobado por la crítica. También en *Algún lugar* funciona lo que Paula Siganevich ve en su análisis de *Mar azul* como los recursos del montaje y del collage, que acercan la escritura a la imagen visual y que apuestan por la disgregación. El desmenuzamiento buscado de la lengua

propia, concluye Siganevich, se pone al servicio de desandar los caminos provocados por las trashumancias hacia alguna forma del “nosotros”⁷.

Lo que se pone en escena en *Algún lugar* es el tironeo entre aferrarse a la lengua materna, el portugués, y ser permanente descolocado de ella. Al inglés, la narradora lo siente como más ajeno, a pesar de hablarlo bien. Ella misma se sorprende de darle prioridad al castellano, que es la lengua de su familia (estrictamente hablando, la “lengua materna”, no la propia), como segunda lengua en un país anglosajón. Opción que es laboral (dar cursos de castellano como parte de sus obligaciones con el programa de doctorado), pero también afectiva al vincularse mejor con hispano-parlantes. Las distancias que se generan con la diversidad de lenguas aparecen bien subrayadas en la amistad complicada que establece con Luci, la chica coreana, con quien no comparte esa “lengua materna”, lo que provoca constantes malentendidos y la consiguiente zozobra⁸. El problema de la lengua, entonces, tiene que ver con los afectos, ya no solo con la constitución de una identidad cultural y de pertenencia a una genealogía, sea esta individual o nacional⁹. Para la protagonista de *Algún lugar* se trata de cómo armar comunidad, pero también en cómo dar forma a su sí misma.

Si en la primera parte la dislocación era producida por la experiencia de la extranjería, en la segunda parte la narración va a traducir la condición desorientada de la protagonista mediante el relato de la maternidad. El embarazo transcurre sin sobresaltos y luego del nacimiento la narradora nos hace testigos de las vicisitudes típicas de la madre primeriza. Esta parte de la novela funciona como una especie de diario de las vivencias, sensaciones y temores de la joven pareja. Una vez nacido el niño y por consejo de su madre, ahora abuela, la narradora empieza a consignar en unos cuadernos los ritmos de amamantamiento y los pequeños o grandes sucesos vinculados con los cambios de su bebé. La protagonista luego va a desechar este cuaderno, al igual que antes había

descartado los cuadernos de su doctorado, un gesto que refuerza la idea del formato del registro o de la crónica. Lo que la maternidad pasará a significar para ella, toma forma de otro viaje, esta vez a la ciudad de donde vienen sus padres, Buenos Aires. Viajan ante el deseo expreso de su hijo -ya de varios años- de ir a “algún lugar” (145).

Este viaje, con el que parece cerrarse un ciclo que había quedado abierto, adquiere un matiz particular, cargado con una pincelada de fantasía que remite a la infancia. La tercera parte del libro se titula “Los Ángeles”. Pero no es la ciudad meca del cine, sino una sala de proyección cinematográfica que existía en Buenos Aires y en donde se pasaban películas infantiles, sobre todo de Disney. Allí la protagonista lleva a su niño a ver una película de dibujos animados. Se encuentra frente a dos iluminaciones. Por un lado, confirma que para su madre la Argentina es una “geografía de la cual no logra desprenderse”. Por el otro, que su pequeño hijo se siente cómodo tanto con la situación de bilingüismo con la de extranjería. Piensa esto mientras que lo ve dar vueltas, feliz, montado al caballo de una calesita. Sea una segunda piel, como plantea Derrida, o una casa que se lleva como un peso encima, la lengua (vale decir, la cultura o el origen), sigue su curso como una corriente que a la vez que atraviesa, une a las generaciones, de una forma u otra.

Para terminar, esa desorientación o inadecuación que experimenta la narradora, y que la autora también formula como ese no tener brújula o la necesidad de girar los mapas (Vidal 2016, 130), adquiere una metáfora muy precisa en la maternidad. No sólo por la situación del embarazo, en donde la extranjería se hace cuerpo en la figura del bebé. También aparece como ese niño que la interpela y le exige correrse de lugar, buscar un lugar otro. La inquietud materna que siempre la impulsa al movimiento (su insistencia para que recorra la ciudad de Los Ángeles y visite los museos en la primera parte; su invitación a Buenos Aires en la tercera parte), se refleja en ese niño que le ofrece respuestas tácitas en

la escena final. El texto recurre a la figura del *infans* como exponente de la extranjería desde su carencia de lenguaje, pero que condensa la potencia de la pregunta, una interpelación que –al igual que la pregunta filosófica– se propone como emancipadora (Kohan). La narradora constata tras su regreso a Río de Janeiro que las ciudades permanecen mudas, sean las propias o las ajenas: “no me exigía nada. No quería nada nuevo” (2017, 115). Son estas figuras infantiles las que provocan el movimiento, al estimular las permanentes mediciones de los cuerpos propios con respecto a los otros, en el gesto de cartografiarse para reorientarse en el espacio y así demarcar los límites del propio universo.

Bibliografía:

- Bourriaud, Nicolás. *Radicante*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2018 [2009]. Impreso.
- Butler, Judith. *Dar cuenta de sí mismo: Violencia ética y responsabilidad*. Trad. Horacio Pons. Buenos Aires: Amorrortu, 2009. Impreso.
- Correia Muzi, Joyce Luciane, Wilma dos Santos Coqueiro y Lúcia Osana Zolin. “Narrativas da diáspora feminina contemporânea: uma leitura de *Algum Lugar*, de Paloma Vidal”. *Letrônica*, Porto Alegre, v. 7, n. 1, jan. /jun., 2014: 435-451. Impreso.
- Derrida, Jacques y Anne Dufourmantelle. *La hospitalidad*. Trad. y prólogo de Mirta Segoviano. Buenos Aires: Ediciones de La Flor, 2008 [1997]. Impreso.
- Kohan, Walter. *Infancia, política y pensamiento: Ensayos de filosofía y educación*. Buenos Aires: Del Estante, 2007. Impreso.
- Logie, Ilse. “Relatos autoficcionales de filiación que operan un descentramiento lingüístico: *Lenta biografía* de Sergio Chejfec, *El espíritu de mis padres sigue subiendo en la lluvia* de Patricio Pron y *Más al sur* de Paloma Vidal”. *La impronta autoficcional: (Re)fracciones del yo en la narrativa argentina contemporánea*. José Manuel González Álvarez (ed.). Madrid: Iberoamericana, 2018. 59-74. Impreso.
- Seifert, Marcos. “La extranjería como extimidad. *Más al sur* de Paloma Vidal”. *Rassegna iberistica*. Vol. 37 – Núm. 102 - Diciembre, 2014. 283-288. Impreso.
- Siganevich, Paula. “La lengua, lazo poético y afectivo con el territorio de origen: las viajeras Lina Meruane, Cynthia Rinsky y Paloma Vidal”. *La precariedad como experiencia de escritura*. Buenos Aires, Editora Grumo, 2018. 113-120. Impreso.
- Vidal, Paloma. “Y el origen siempre se pierde”. *Zama*, N°8, Poéticas, 2016. 129-130. Impreso.
- *Algún Lugar*. Trad. Mario Cámara. Buenos Aires: Dakota Editore, 2017 [2009]. Impreso

¹ La autora se lo plantea en términos semejantes en un texto publicado en la revista *Zama* como respuesta a la pregunta de por qué Brasil. Esta pregunta muy concreta que le lanza Gabriel Giorgi le da pie para pensar en los vínculos entre las culturas brasileña y argentina, desde una perspectiva histórico-literaria. Pero además le sirve para reflexionar en cómo se acomoda lo que ella denomina la “brújula nacionalista” (133), las orientaciones imaginarias en torno al eje trazado entre el norte y el sur del continente. En lo personal, implica para ella pensar su trayectoria vital entre Brasil y la Argentina, desde la pregunta por el origen. Véase Vidal 2016.

² Paloma Vidal nació en Buenos Aires el 4 de marzo de 1975, pero vive en Brasil desde los dos años. Se graduó en Letras por la Universidad Federal de Rio de Janeiro. Hizo la maestría y el doctorado por la Pontificia Universidad Católica de Rio de Janeiro; y postdoctorados en la Université Paris 7-Diderot (2016), en la Universidade Estadual de Campinas y la Universidad de Brasilia. Desde el año 2009 se desempeña como profesora de Teoría Literaria en la Universidad Federal de San Pablo, donde vive actualmente trabajando como escritora, profesora y traductora. Publicó cuentos, novelas, piezas de teatro, ensayos académicos y poesía. Ha sido traducida al castellano, al inglés y al francés.

³ Este uso de las iniciales que parece estar en el texto al servicio de proteger a los involucrados, hace pensar en lo que propone Derrida sobre la falta del nombre a causa de la imposibilidad del ser nombrado a la que se somete al que llega, al “extranjero”. El que llega solicita hospitalidad en una lengua que no es la suya, sino la de quien lo recibe. Allí reside también el hecho de que sea –y continúe siendo- extranjero. Porque, como se pregunta Derrida, si ya hablase nuestra lengua, ya no se lo podría seguir considerando extranjero (23). Ese otro sin nombre, que no es nombrado, es también el objeto de una forma de hospitalidad absoluta, una que recibe sin preguntar por el nombre (31), que se opone y complementa con la hospitalidad de derecho. Derrida se interroga a continuación si es que la hospitalidad se da a alguien a quien se le pregunta el nombre, convirtiéndolo así en sujeto de derecho, o bien se *ofrece*, se *da* al otro antes de que se identifique.

⁴ Los textos publicados hasta la fecha sobre esta novela se concentran en la primera parte por su temática de los viajes, las migraciones, los vínculos no siempre fáciles con las grandes urbes. Las lecturas críticas hacen sus aportes a partir de nociones como “extraterritorialidad” y por la reflexión sobre la identidad (Muzi, dos Santos y Zolin). En cuanto a los otros textos de Vidal que han sido estudiados, como sus relatos en *Más al sur* (2011) o la novela *Mar azul* (2015), también se han hecho abordajes en torno a nociones como la “extimidad” (Seifert), la cuestión de la fantasía del viaje de regreso en relación con las lenguas extranjeras que habitan la infancia (Siganevich), nuevamente la “extraterritorialidad” y su construcción de la identidad (Logie).

⁵ Para la noción de vulnerabilidad, recurrimos a las teorizaciones de Judith Butler, sobre todo al modo en que desarrolla este tema en su libro *Dar cuenta de sí mismo* (2009).

⁶ Una de las primeras definiciones a las que llega Derrida es la del extranjero como aquel con el cual se establece un vínculo regido por el derecho, por el devenir-derecho de la justicia. No es el otro radical, relegado a un afuera absoluto, salvaje, bárbaro y pre-cultural o pre-jurídico (75).

⁷ En el caso de la novela *Algún lugar*, y a diferencia del texto *Mar azul* analizado por Siganevich, no es la historia del exilio familiar y de las pérdidas causadas por la política la que se coloca en el centro de la narrativa, sino cierta condición errante de esta subjetividad. No se descarta la incidencia del trauma que atraviesa la historia familiar y personal, pero la problemática se orienta hacia otras preocupaciones, como la maternidad, en donde las nociones de pertenencia y de identidad a través de la lengua siguen presentes.

⁸ Esto sucede también con el personaje de Jay, uno de sus estudiantes de los cursos de castellano con quien tiene un breve encuentro amoroso, a pesar de sentirlo tan ajeno. A la narradora parece llamarle la atención la razón por la que Jay estudia castellano, que es el deseo de viajar, un deseo que a ella en su actual circunstancia se le hace incomprensible, a pesar de estar ella misma viajando.

⁹ Tanto Paula Siganevich como Ilse Logie atribuyen a la historia de exilios familiares esa dislocación que da como resultado una subjetividad tramada por la experiencia de la otredad. Logie se pregunta cómo se lleva a cabo la transmisión de los recuerdos y de la herencia cultural cuando no se comparte la misma lengua. Siganevich, por su parte, ve en la búsqueda de esos “retazos de lenguas familiares” el deseo de volver a un “nosotros” cuya separación se produjo a causa del exilio. Para ambas autoras, esas experiencias no se encuentran exentas de dolor y de un trauma que sigue activo.